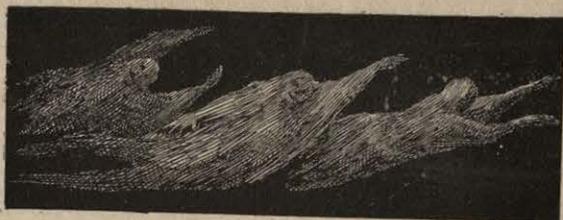


que se estremecía por la fiebre, demacrado, consumido, leyéndose el idiotismo y la vesanía en las pupilas de los cerúleos ojos!..... Era la esposa del Doctor, de cuya muerte dimos fe Teglew el Judas, Teglew el amante criminal, y yo. Zimmermann nos había engañado; había abusado de mi respeto y de la confianza que nos inspiraban su saber y su honorabilidad, aprovechándose inteligentemente de la perturbación de la culpable conciencia de su rival, de cuya misteriosa inoculación penetré el secreto en ese instante! Pero, entonces, el cadáver que habíamos visto encerrar en el ataúd y sepultar en nuestra presencia: ¿de quién era? ¿Había Zimmermann arrancado de la tierra sagrada á su esposa después de sumergirla en muerte aparente, ó volviéndola á la vida por arte mágica para vengarse?

Fuí procesado por falsa certificación. El testimonio que de mis compañeros invoqué, la circunstancia de ser el documento todo de puño y letra de Teglew, mis antecedentes y los del caso, influyeron en el reconocimiento de mi inocencia y, principalmente quizás, la honda impresión que produjo en el jurado y en todos los círculos sociales, practicada la exhumación, esa inimitable y maravillosa escultura de cera.



EL VESTIDOR.

A todos los diablos daba yo la inopinada ocurrencia de mi buen tío Don Secundino quien, al pasar por frente al Nacional Monte de Piedad, cedió á la tentación de *echar un vistazo*, obligándome á penetrar en su seguimiento por aquel mare magnun de curiosos, mercaderes de ocasión y mozos de cuerda que imposibilitaban el paso, estacionados entre el mostrador y los pianos y armoniums de diversas formas, tamaños, marcas y épocas, que había colocados entre puerta y puerta; renegando, sudando á mares y abriéndome paso trabajosamente y á fuerza de codazos que se me devolvían acompañados de pisotones y palabras duras, pude ir en pos de mi tío, dando vuelta al mostrador y atravesando de perfil y estirándome cuanto más podía por los estrechos pasillos que la variedad de sofás, sillas y sillones formados en hilera, dejaban entre sí y las máquinas de coser, burós, roperos, tocadores, camas desarmadas, escritorios, tinas, y qué sé yo cuantas otras cosas.

Más de una vez, al cruzar con algún curioso de vientre elevado, estuve á punto de sentarme contra mi voluntad en algún canapé de brocado y terciopelo descoloridos y sucios, raídos por el

uso, y á punto estuve también de causar un escándalo cuando, por guardar la vertical, dí un abrazo poco piadoso á una antigua y carcomida escultura de Señora Santa Ana, de tamaño natural y cuyo rostro parecía sembrado de horribles viruelas, la que vaciló á efecto de mi irreverente y brusca acometida que, á poco, nos hace dar, enlazados, dentro de un baño de regadera que se hallaba inmediato.

“Muebles y objetos varios” rezaba el cartelillo que, en el exterior del edificio, anunciaba la venta del día que era de las más concurridas y en aquella malhadada mañanita de Mayo se respiraba una atmósfera densa, pesada y ardiente como la de un horno! ¿Qué me importaban á mí las *chambas* que mi tío me señalaba con la punta de su bastoncillo de bejuco, como objetos baratos ó curiosos? ¿No hubiera sido mejor abandonar aquella batahola, aquel mosquero, que estar soportando empujones y resoplidos en plena faz en aquel ambiente impregnado de sudor humano, por sólo contemplar las deterioradas incrustaciones de una mesilla—“*época del directorio, legítima!*” decía mi tío—ó un cuadro, seguramente arrancado de alguna sacristía de pueblo, ennegrecido por el polvo y el tiempo y en el que, á penas, se distinguían las borrosas figuras de un San Lorenzo y sus repugnantes verdugos?

Aturdido me tenía, en verdad, el vocerío y el constante *chiquichaca* de las pisadas, así es que casi empecé á respirar al entrever la esperanza de salir de ese purgatorio, al llegar al salón interior, término de la exposición del establecimiento.

Aún mi tío prolongaba mis últimos instantes de tortura, abriendo y cerrando puertas de roperos y cajones de burós, cómodas y secreteres y empeñándose en explicarme el mecanismo de un mimeógrafo desbarajustado cuando súbitamente y al volver á mí la cara, suspendiendo sus des-

cripciones pareció sorprendido, lanzando tras la pausa una exclamación tan enérgica como poco conveniente de transcribir. Iba á pedirle perdón, creyendo que la motivaba la falta de atención en que mi nerviosidad me hacía incurrir; pero mi tío, apartándose bruscamente me lo impidió, para dirigirse á uno de los mozos que á la sazón pasaba cerca.

—La papeleta, la papeleta de ese vestidor!—dijole señalando un gran espejo de luna marmajada, rayada y polvorienta sujeta á un marco tallado, convertido casi en esponja por la polilla y sustentado por dos columnas torneadas de pesada y ancha base. —La papeleta!— gritaba asiendo por el brazo al buen hombre que le miraba con aire atónito y un tanto socarrón.

—Hace rato la quité para llevarla á la mesa del remate, contestó el empleado; la pidió un caballero . . . un francés que compra siempre antigüedades y, si no se ha vendido ya, poco ha de faltar para la puja. Si usted se interesa, vaya en seguida.

Un proyectil, una avalancha, una tromba, no hubieran atravesado aquella compacta masa de visitantes como lo hizo Don Secundino, llevándome á remolque por la solapa de mi saco nuevecito que juzgué perdido en aquellos crueles momentos. Excuso el relatar á ustedes el aguacero de protestas y denuestos que sobre nuestras cabezas se desató y del que mi tío pareció no darse cuenta, llegando ambos por fin á la tribuna del rematador, de la que el hermano de mi padre se asió jadeante y con el rostro congestionado, interrumpiendo la venta de cierto sillón de alcoba que se disputaban un caballero calvo de pintado bigote y ojo de vidrio y una señora obesa y asmática que llevaba en brazos una perrita tísica.

—El vestidor! . . . Diga usted: ¿se ha vendido ya un vestidor . . . un espejo?

—Calle usted y espere el turno, gruñó el empleado. Dieciséis ochenta un sillón!... Dieciséis ochenta!... Noventa!... Diecisiete!... Diecisiete pesos un sillón—cómodo!... Diecisiete!... ¿No?... Un sillón madera y peltre, diecisiete pesos!

—Pero el vestidor?...

—No sale aún á la subasta ningún vestidor. Espérese y no siga molestando! ¡Vaya si es te naz el hombre!

Tuve que contener á mi tío, quien era presa de una agitación extraña que de pachorrudo y bonachón, le tornaba en nervioso y brusco, lo que á mi costa pude ratificar al proponerle, tímidamente, que abandonáramos el sofocante sitio; mudo y corrido me dejó su respuesta: "Calle el gznápiro, lárguese si quiere ó fastídiase!"

Tres cuartos de hora, tres siglos, tardó en llegar la vez á la papeleta número 3,869 que amparaba á dicho mueble; tres cuartos de hora de pregón, timbrazos y bufidos de mi impaciente tío; tres cuartos de hora de baño turco-romano y prensa humana!

—Un vestidor maltratado, luna y madera, viejo y falto: siete pesos!—gritó el empleado.

—Ocho!—clamó mi tío.

—Ocho veinte!—repuso un francés alto, seco, de gesto avinagrado y nariz de pico de aguilucho.

—¡Nueve!—replicó el rechoncho Don Secundino.

—Nueve cincuenta!... Diez!... Once!... Doce!... y ambos contendientes comenzaron á lanzarse cifras á la cabeza, con un verdadero encarnizamiento, brillando en sus ojos miradas de ódio, tornándose lívida la cara del gallo y morada la faz del mexicano. Era un torneo de la época moderna, un desafío á billete de banco!...

¡No podía yo creerlo! Mi tío se había vuelto loco ó yo me había convertido en idiota. ¡Cin-

cuenta pesos!... daba mi tío cincuenta pesos por aquella ruina carcomida que no valía diez!... Todas las miradas estaban fijas en él y en su competidor que, alzándose de hombros, convino en su derrota con una risilla burlona que más tarde pude comprender: era el dueño del mueble ó, mejor dicho, el tenedor del boleto de empeño; había adivinado el interés de mi tío por su prenda, y había jugado bravamente á la bolsa.

El golpe de timbre que significaba la adjudicación del codiciado mueble, desató los comentarios del público contenidos por la estupefacción y los cuales nos acompañaron hasta que logramos salir del Montepío, en pos de la parihuela en que, dos cargadores de número, condujeron á casa el trofeo singular de la costosa victoria.



Decididamente, ó mi tío ó yo, habíamos perdido algo de nuestras facultades mentales. ¿No era cuerdo el proponerle que se limpiase y barnizara aquel mueble que contrastaba horriblemente con los de su elegante recámara? ¿Cómo no pensar en que hiciera biselar y platear la antigua luna? Sin embargo, tales indicaciones despertaron su enojo y me granjearon el título de necio. No podía yo concebir el encanto que sobre mi buen pariente ejercía la antipática antigualla, en torno de la que daba vueltas contemplándola silencioso con aire embebecido y satisfecho; acabé por acompañarle en el rodeo, buscando algo que en el vestidor pudiera revelarme el oculto mérito ó despertar mi interés... ¡qué feo era!

Faltaba aún, para colmar la medida de mi extrañeza y asombro, el paso de cancan que se puso

á danzár Don Secundino, sacudiendo su vientre, alzando la pantorrilla con una ligereza increíble y cantando aquella música de Offenbach que incita á la alegría y produce cosquillas por todo el cuerpo. En un principio me quedé contemplándole atónito hasta que, contagiado y sin saber por qué, hícele dúo.

Rendido y enjugándose las sienes con su paliate verde y rojo, cayó por fin en su comfortable sillón "Morris," que crepitó bajo su peso.

—Me alegro de verte contento, muchacho—dijo entre dos resoplidos— yo también lo estoy, pues si ese mueble se me hubiera escapado de entre las manos, jamás me lo perdonaría.

—Diga usted, tío—repuse yo—¿tiene algún cajillo secreto en que se oculte algún tesoro?

Una franca y ruidosa carcajada del buen señor, llenó la estancia.

—Tienes razón; es justo. Tu extrañeza es comprensible. No, hijo mío, no hay tesoro ni cosa que se lo parezca en ese mueble, cuyo mérito estriba en cifrar una de las más interesantes páginas de mi historia.

—Cuenta usted, cuenta, tío Secundino, que ya me tiene muerto de curiosidad!

—A propósito,—añadió él cambiando la alegre expresión de su semblante en áspera y severa,—te he visto hacer cucamonas desde la ventana de tu cuarto, á la vecina de enfrente. ¿Eh? No lo niegues, badulaque, y piensa que es mujer casada.

—Tío....

—Silencio! No me repliques y escucha la historia que tanto excita tu curiosidad.



—¡Oh juventud, primavera de la vida, como dijo el poeta! ¡Oh época lejana de mis veinte abriles, edad de oro en que la vida rebosa en el caudal abundante é impetuoso que circula por nuestras venas; edad en que el cielo es más azul y en que el sol tiene para nosotros más luz y más vivo fuego en sus rayos enardecientes; en que las flores se nos muestran con más vívidos matices y con aromas aún más frescos é incitantes; en que la natura desborda en poesía; en que todo es claridad y todo belleza; en que la existencia parece fácil y llana; en que se vive de prisa, alegre, libre y despreocupadamente; en que se piensa poco y se hacen las mayores barbaridades!... Esa edad tenía yo, como tú ahora, y era un simpático y guapo mozo, dicho sea sin jactancia ninguna. Fresco, arrogante y gallardo, en muy poco me parecía á este encanijado y paliducho sobrino que me escucha. ¡Cómo degeneran las razas... cómo cambian los tiempos! Esbelto, con mi cabello ondulado, negro y brillante como mis ojos que contrastaban con mi cutis blanco y sonrosado, siempre listo y ágil, siempre acicalado y presumido, fácilmente me granjeaba simpatías para lo que me ayudaba mi carácter comunicativo y jovial.

Estudiaba derecho en las aulas de San Ildefonso... es decir: debía yo estudiarlo, pues para eso y nada más se había servido enviarme, á costa de sacrificios y á esta Capital, tu abuelo que de Dios goce; pero los amigos, el billarcito y ciertas muchachas de una casa de vecindad donde se reunía "la chorcha," constituían la verdadera asinatura que yo cursaba. Por eso no hice

carrera. ¡Lástima grande que mi padre estuviera radicado á tan enorme distancia, que fueran tan escasas, malas y peligrosas las vías de comunicación y que todo ello añadido á sus mil atenciones, su ciega confianza en mí y la debilidad de su carácter, no permitieran al buen señor haber hecho el viaje y dádome una paliza como la que yo merecía.

¡Qué mondongos, qué moles de guajolote, qué arroz á la valenciana y qué bacalaos á la vizcaína, rociados de tequila, pulque curado y sabrosos ponches, formaban la lista de las comilonas que, en casa de las niñas Arcamanante, celebrábamos con el dinerillo que el empeñero nos prestaba sobre nuestros libros y ropas! ¡Qué bailecitos de rompe y rasga más animados y guasones los que seguían á las comilonas, al son del harpa, la flauta y el bandolón de los artistas filarmónicos, capilares y flebotomianos de la accesoria principal, con quienes teníamos cuenta abierta que nunca llegó á cerrarse por completo! ¡Qué días de campo en Santa Anita, sobre la chinampa, bajo el techo de zacate, con volador y columpio apropiado á la mal intencionada travesura y con su correspondiente regreso nocturno en canoa, coronados de amapolas, comiendo apio y rábanos, á media papalina, cantando aires lánguidos y románticos con acompañamiento de guitarra y salterio, á lo largo del oscuro canal en cuyas negras aguas agitadas por los morillos que servían de remo, saltaban cabrilleando los reflejos de nuestros farolillos de colores! . . . ¡Qué grupo más alegre y más falto de vergüenza!

En esas reuniones conocí á una morena de regío empaque, ojos grandes rasgados, vivaces y relucientes como carbunclos, cutis apiñonado más suave que la seda, busto elevado y unas formas! . . . pero eso no te importa, sobrino! Se llamaba Jacinta; el apellido tampoco te interesa.

Vivía Jacinta en el pintoresco Mixcoac, al lado de su esposo, un negociante adinerado que la rodeaba de lujo y comodidades; ocupaban una quinta aislada de los edificios colindantes por un precioso jardín en que la madre selva, la bugamvilia, el geranio y la rosa-mantequilla brotaban de la fértil tierra para entrelazarse á las rejas que formaban el cercado y donde las araucarias, los plátanos la atmosférica y otros arbustos exquisitos se erguían en medio de los prados verdeantes sembrados de violetas, rosas, azalias, margaritas, begonias y crisantemas.

¿Cómo Jacinta, la esposa del ricacho, visitaba á aquellas muchachas cursis y pobretonas con las que parecía tener cierta intimidad, y aceptaba, á espaldas del marido, las invitaciones de aquella junta de perdularios? Todo ello lo explicaba su temperamento especial: en Jacinta había una verdadera, irresistible é insaciable vocación, quizá atávica, que no era por cierto la del monjío.

Qué poder de fascinación y cuánto atractivo había en aquella mujer, pude bien pronto advertir sintiéndome preso en las redes de su coquetería y acabando por olvidar, mozo inexperienced, las nociones de moral y principios religiosos de mi familia. Jacinta encendió en mi alma un fuego asolador y cegó mi razón con la venda de su belleza acariciadora.

Nada te importan los detalles de cómo y cuándo dimos el primer traspies; debe bastarte el saber que, aprovechando la ausencia del esposo, la soledad del paraje y la complicidad del viejo jardinero, dí en asaltar nocturna y frecuentemente las rejas de la quinta cuando nos fué ya imposible vernos en casa de las amiguitas de quienes Jacinta se despidió con un disgusto que estuvo á punto de convertirse en mayúsculo escándalo



Ella me había escrito citándome para aquella oscura y fría noche de Diciembre que jamás olvidaré, anunciándome que su esposo emprendía un viaje al interior esa misma tarde, para el arreglo de asuntos comerciales. Acudí al reclamo. Jacinta, pretextando una jaqueca había enviado á sus criadas á las habitaciones interiores encerrándose en su alcoba cuyo balconcillo daba al jardín y donde me recibió entre sus brazos, nueva Julieta, al escalarlo yo. Poético, romántico, ¿eh, sobrino? . . . Pues ahora verás.

Iluminada la alcoba matrimonial por un elegante quinqué de globo labrado en cristal rosa, color que dominaba en tapices y colgaduras, nos abrigaba con su tibia atmósfera impregnada de perfume; nuestra juventud desbordaba en esos escarceos, en esos juegos que preludian . . . ¡Hombre: á ver si te estás quieto! . . . Yo estaba sentado en un canapé, junto á ese vestidor que acabamos de comprar, que entonces ocupaba un ángulo de la alcoba y enfrente del que la loca chicuela deshacía los anudados listones rojos que cerraban su bata de blanca seda adornada por vaporosos encajes. Contuvo de improviso el reír de Jacinta y derramó la palidez sobre mi rostro el sonido del timbre de la entrada principal, vibrando en el nocturno silencio.

Quedamos suspensos y el aturdimiento mayor se apoderó de nosotros al oír la voz del que suponíamos ausente y sus pasos que se acercaban á la habitación.

—Pronto, murmuró ella desfalleciente, ocúltate . . . escóndete!

—¿Dónde? Contesté sofocado,

—Busca, repuso, busca pronto! . . . Ah! Tras el vestidor, tras el espejo!

Te advierto que por esos tiempos, el mueble tenía aún carretillas y fácilmente pude moverle, deslizándome en el estrecho espacio que, entre él y el ángulo de las paredes, quedaba libre. Volvióle ella á su sitio y bajó la luz del quinqué, yendo en seguida á abrir la puerta, tras la que resonaba aquella voz, con el temible acento que le prestaba nuestro ánimo turbado por la conciencia acusadora.



¡Qué noche! ¡Qué suplicio! . . . En tanto que ellos conversaban, explicando él los motivos que habían retardado su viaje, bromeando, llenándola de caricias y luego que se hubieron recogido en el lecho y apagado la luz, yo muerto de cansancio y de frío, de pié y sin atreverme á cambiar de postura por no hacer ruido, sentía doblarse y llenarse de agujetas mis piernas, hormigear mis pies y mis manos y clavarse en mis hombros y mi espalda un dolor insoportable. Contaba mentalmente en la tiniebla que me rodeaba, las horas y medias horas que transcurrían y que cantaba en la salita contigua el reloj de cuco y pegaba ansioso las palmas de las manos á los muros, como si de ellos quisiera asirme, temeroso de que la oscilación que el sueño invencible imprimía á mi cabeza, me hiciera venir por tierra arrastrando el vestidor que me cubría, en mi caída. ¡Qué tortura! ¡Qué acto de contrición formulaba en mi congoja! ¡Cuántos propósitos de enmienda! . . . Las diez . . . las once . . . las doce . . . la una . . . las dos la mañana! . . .

Una onda ténue de luz amarillenta se deslizó por la alfombra; entraba sin duda por el espacio

que dejaba libre el arrastre de la puerta. Luz misteriosa que no acompañaba ningún rumor y que desapareció en el acto. El latir de mi corazón se apresuró sofocándome.... Luego, una pausa.... inada!.... ¿Habría sido una alucinación de mi cerebro anonadado y vacilante?

¡No! Sin duda acababan de introducir una llave en la cerradura, suavemente, con delicadeza suma y con un pequeño ruido casi imperceptible; yo sentía, más bien que oírlo, el frote del acero que oprimía lentamente los muelles del picaporte.

Mil ideas, en el espacio de un segundo, cruzaron por mi mente. Un frío sudor bañó mis sienes, secáronse mis fauces y mi lengua se pegó al paladar, á tiempo que un temblor nervioso sacudió mi pobre cuerpo adolorido. ¡Ladrones!.... Era un ataque, un asalto nocturno el que se verificaba; forzaban la puerta en tanto que dormían tranquilos á mi lado los dueños de la casa!....

Quise gritar, despertarles, advertirles del peligro que les amenazaba; pero el miedo de denunciar mi culpable presencia, me mantuvo inmóvil y mudo. No podía, sin evidenciar mi delito y el de mi amada, socorrerles; tenía que ser mudo testigo, cómplice forzado del robo villano!

Abrióse la puerta lentamente y la luz de una linterna sorda recorrió rápidamente la estancia; fué un relámpago seguido de una lucha sofocada entre la tiniebla. Gemidos ahogados, jaderar horrible, crugir del lecho sacudido por formidables impulsos, estertores lúgubres, golpes secos como los que produce el puño cerrado que cae furioso sobre un cuerpo vivo y el ruido de su caída en el tapiz del suelo. Debían haberles amordazado, atado, golpeado.... y de nuevo la luz vagando por los muros de la habitación cuyo glacial silencio turbaba el rápido abrir de muebles y cajones. Me sentía desmayar, presa de un vértigo....

Oí al cabo los pasos de los asaltantes que se

alejaban furtivos y presurosos, y una calma profunda reinó en torno.

Tardé un poco en recobrarne y, al considerar mi situación, un nuevo pavor llenó mi espíritu. ¿Si me encontrasen allí al despuntar el día?....

A tal idea, un ímpetu de demencia contrajo mis vísceras dolorosamente; inconsciente y brusca-mente aparté el mueble que me había servido de parapeto, para lanzarme fuera en desatinada huída; pero el espectáculo que, á la luz de la olvidada linterna sorda percibí, clavó mis pies en tierra.

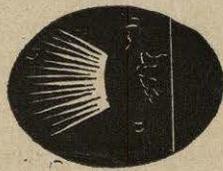
Todos los muebles en desorden, ropas y almohadas por el suelo; al pié del lecho, en un charco de sangre, el cadáver de Jacinta con la camisa desgarrada, el hermoso cuerpo tentador al descubier- to, con los ojos abiertos, vidriosos, el mórbido cuello atrozmente dividido y recibiendo el rocío de sangre que manaba del inanimado esposo que, acribillado á puñaladas, yacía con la cabeza y el brazo derecho colgando al borde de la deshecha cama y cuyo rostro causaba horror, reventado el ojo izquierdo por una puñalada, abierta la boca en la que, entre coágulos carmíneos brillaban los blancos dientes, erizados los cabellos, revuelta y sucia la barba y las manos crispadas y rígidas. Una escena inolvidable que matizaba con tintes aún más lúgubres, la luz de la linterna que proyectaba sobre ellos su haz luminoso que se deslizaba por la manchada alfombra, dejando hundido el resto de la habitación en sombras, en las que parecían flotar las feroces caras de los bandidos y fantásticas siluetas de espíritus infernales!....



¿Cómo salí de allí? Todavía lo ignoro. Recuerdo vagamente haber tropezado en el jardín con el cuerpo del viejo jardinero que yacía de bruces so-

bre la arena y con el cráneo destrozado por un martillo que, junto de él, abandonaron; recuerdo mi peregrinación, mi desatentada carrera por llanuras y zanjas desecadas en medio del aire helado y la oscuridad, el temblor nervioso que, hasta muy entrado el día, me sacudió ya encerrado en mi habitación de estudiante y el cruel problema en que viví por espacio de seis meses, esperando el verme rodeado de un momento á otro por la policía que caminaba sobre las huellas de los delincuentes, entre los que sería yo indudablemente contado. ¡Seis meses de angustia, de perpétua congoja, de sobresalto y de insomnio, que me dejaron flaco y macilento y que terminaron por fin con el jurado de los asaltantes, al que asistí como simple espectador, y cuya condena oí pronunciar con el desahogo y el júbilo que te puedes imaginar!

Conque ahora, sobrino, si esta leccioncita no te aprovecha (ya que nadie escarmenta en cabeza ajena), es bueno que comprendas con qué gusto y con cuanta buena voluntad, voy á darte una útil, persuasiva y saludable paliza si continúan los telegrafitos y las monerías que pones en juego desde la ventana de tu cuarto.



SLEEPING CAR.

En Tomasito encarnaba un problema viviente; quien se hubiera dignado fijar su atención en aquel pilluelo de siete años, personilla menuda cubierta de harapos sucios; quien con mirada investigadora le siguiese, viéndole corretear en pos de los transeuntes con ligeros y desnudos piececillos, trepando muchas veces al estribo de los tranvías al ponerse éstos en movimiento y voceando en tono agudo los títulos de los periódicos del día, no habría dejado de experimentar cierta extrañeza al ver su cabello rubio y ensortijado, sus ojos claros rebosantes de inteligencia, su fisonomía delicada de naricilla borbónica, boquita pequeña y carrillos sonrosados aunque algo enjutos y al advertir, por los varios desgarrones de la camisilla, el torso que á trechos asomaba con su piel blanca y fina. Tales signos habían conquistado al papelerito, por parte de los demás chicuelos que voceaban periódicos en la Plaza de armas, el apodo de "el piojo blanco" el cual, en un principio le hacía llorar y que acabó por aceptar filosóficamente contentándose con alzar los hombros al oírlo, en actitud de desprecio verdaderamente aristocrática. Sí: había en los movi-